

PRIMER CUERPO

ENTREVISTAR a Manuel Rojas es como estrellarse contra una roca. Mientras conversa con una voz plana y suave que contradice su rascado físico, sus palabras pesan menos que sus silencios. Se intuye la presencia de un constante monólogo interior, de un mundo íntimo que no admite visitas.

Si en su fuero interno existe la duda, no se asoma al exterior. Sus respuestas y opiniones son claras y maduras. No es un teórico especulativo o un intelectual de escritorio, sino un hombre que

ro porque algo no ajusta, pero nunca sufre al escribir. Escribo lo que me sale de la cabeza y lo pongo. Luego corrijo, corrijo y corrijo, hasta encontrar lo que quiero decir. El escritor que no tiene paciencia está liquidado en todas partes del mundo. Hay que sentarse y trabajar y trabajar. A veces, cuando escribo, de repente trato de sacar el cuerpo. Entonces me voy a clavar o a arreglar algo."

A Manuel Rojas le cuesta escribir. Es autodidacta. Trabaja desde los doce años. Dice:

—"Mi déficit fue horrendo. Comencé a escribir a los 16. Sólo llegué a cuarta o quinta preparatoria,

una de las cosas que más me gustan. Hay cosas a las que uno no renuncia nunca. Trabaje como peon en la cordillera cuando joven y me quedé el habito. Muchas veces voy a las montañas. Son una fuente de riqueza emocional muy grande."

En Nueve Idiomas

El Premio Nacional de Literatura (1957) no cambió la vida del escritor. Tampoco el éxito de "Hijo de Ladrón" que se publicó hace diez años. Se tradujo al sueco y al inglés, al yugoslavo y al alemán, al italiano y al portugués, etc.

Tuvo mala suerte. Solo percibió los derechos de las ediciones chilenas, argentinas y suizas. En Estados Unidos recibió un anticipo de 250 dólares. Luego quebró la editorial. De Italia le enviaron 100 mil liras y nunca supo nada más. Un agente lituano cobró los derechos correspondientes a otras ediciones extranjeras. Nunca tuvo a bien enviarle el dinero al autor. Desapareció. En Yugoslavia, sus derechos yacen en una cuenta bancaria. Sólo podrá disponer del dinero si va personalmente a gastarlo.

Mientras tanto, el total de ejemplares de "Hijo de Ladrón" se acerca a los cien mil. A un muchacho del Liceo de Talca, llamado Manuel Rojas, sus compañeros le apodaron el "hijo de ladrón". Seguramente le sucederá lo mismo a más de uno de los seis Manuel Rojas que aparecen en la guía telefónica de Santiago.

Hace cuatro años Rojas firmó contrato con una editorial francesa que iba a publicar su novela en París. La tradujo el profesor Baxin, residente en Uruguay. Después de mucho tiempo sin noticias, Rojas escribió a la editorial, la que le respondió hace un mes.

—"Me dijeron que la novela tenía un contraste demasiado acentuado entre su primera parte poética y su segunda parte realista. Puede deberse a que el relato de la infancia del protagonista no fue real sino imaginado, mientras el vagabundeo posterior se basó en mi propia experiencia. En todo caso hay un error: un error de novelista. Parece que el traductor hizo más patente la diferencia estilística."



★ Manuel Rojas: Un mundo íntimo que no admite visitas.

RETRATOS

Manuel

ROJAS

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Texto de GERMAN SIVARI

ha vivido mucho, que conoce la acción en sus más diversas formas. No reacciona en forma rápida y brillante. Piensa antes de hablar. A ratos parece un hombre tímido. A ratos intimidado. Y siempre, siempre, deja la sensación de un hermético mundo interior. No porque no quiera mostrarlo, sino porque no puede. "Hablar no era ni es su debilidad", como escribió González Vera en su fina y aguda semblanza de "Algunos". Admite el propio Rojas:

—Tengo un ensueño constante de pensamiento interno. Cuando estoy con gente se produce un contrapunto entre los estímulos externos y esa fuerza interior.

Valerie

Rojas enviudó en 1936 de su primer matrimonio. Hace poco cumplió veinte años de casado con Valerie López. Ella lo describe:

—"Es espiritualmente tranquilo, pero físicamente dinámico. Lo único que no soporta es estar en un sitio el día entero. Yo soy poco sociable. Me cargan las reuniones. A Manuel le interesa toda la gente, toda la cosa humana. Esa inquietud es fundamental en él. Mi madre, a los 82 años, organizaba los canasta con sus amigas. Esas ocasiones eran terribles para mí, pero a Manuel le encantaba jugar canasta con estas señoras antiguas. No obstante, si se aburre en una reunión se para y se va, diciendo "hasta luego" un poquito a la ligera. Es lo más franco que hay. Yo lo reto muchas veces. Tiene un sarcástico sentido del humor a la chilena. Cuando lo conocí, no había leído nada de él."

Ahora, en cambio, ha leído todo. El escritor complementa el retrato conyugal:

—"Me diferencio de mi mujer en que a ella le interesan determinadas cosas. Si pasa un avión, yo miro y ella no. Ha visto muchos autos. Yo miro porque a lo mejor es diferente a los demás aviones."



En su juventud, Rojas fue anarquista declarado. Su punto de vista sobre la sociedad no ha cambiado en lo fundamental.

—"La sociedad es una organización inhumana, organizada a beneficio de algunos, aprovechada por los menos".

— ¿Vive en paz con el mundo?

— No. Siempre estoy muy molesto con el mundo y conmigo mismo. Nunca fui feliz en el sentido romántico de la palabra. La felicidad es el bienestar. Puede ser económico, físico, moral. Ahora estoy más tranquilo. Hay una menor cantidad de peligros y molestias. Las cuentas están pagadas, los niños están bien y el trabajo marcha.

Hijos y Literatura

Los niños de Rojas son tres. Ya no son niños. La mayor, María Eugenia, trabaja en el Instituto de Geografía del Pedagógico. Ha escrito poesías y cuentos. María Paz, la menor, es neuróloga. Su hijo, Patricio, es práctico mecánico. Vive en Valleparaiso. Escribió una novela.

todas maneras. Me sirve, porque me hace indicaciones. Generalmente le hago caso. Cuando nos casamos, Valerie se dio cuenta de que no había personajes femeninos en mis obras. Ahora escribo la primera novela en que hago hablar a las mujeres y entro en lo que sienten y piensan. Es una réplica y segunda parte de "Punta de Rieles", que constó de dos monólogos de hombres. La nueva novela muestra el punto de vista de tres mujeres. Primero iba a realizar el tema en forma de teatro. Después cambié de parecer. Llevo varios capítulos. Aun no tiene nombre."

Lápices

Los originales están sobre el escritorio de Rojas. También se ve ahí un pequeño cesto de mimbre que le regalaron los presos de la Carcel de San Fernando. Dentro del cesto hay una gran pipa que ya no fuma y una decena de lápices meticulosamente afilados. Les saca punta en una máquina que él mismo atornilló en un estante. Sus obras nacen escritas a lápiz en cuaderno de colegial. A doble espacio, para pulir más fácilmente. El proceso es largo:

—"Luego saco a máquina. A veces vuelvo a pulir a mano. Después copio nuevamente a máquina. Esa es la peor parte del trabajo. Como linotipista era estupendo: como mecanógrafo soy pésimo. Al escribir, la experiencia directa o indirecta que creo revive con una fuerza muy grande, que yo aumento. Necesito cierto clima. A veces me desespe-

★ El escritor en su jardín.

notipista, periodista, empleado de la Biblioteca Nacional, vendedor de cartillas en el Hipódromo Chileno, director de los Anales de la Universidad de Chile.

Sin la vasta experiencia de la vida, de la gente y de distintos ambientes que le dieron esa trayectoria, su obra literaria seguramente no existiría. O bien sería muy distinta.

Las angustias económicas fueron sus fieles compañeras de ruta:

—"Toda mi vida, desde que recuerdo, tuve problemas económicos. Nunca estuve tranquilo. Cuando joven tenía que conseguirme 10 pesos, después 500, ahora más. Nunca tuve lo suficiente para vivir."

Jubiló hace seis años:

—"Trabajo casi lo mismo. Tengo hábitos casi idénticos; sólo hago otro tipo de trabajo intelectual. Leo, escribo, hago trabajos manuales en mi banco de carpintero. Me gusta arreglar las cosas que se echan a perder en la casa."

Le agrada cuidar su jardín. Conoce todas las flores por su nombre. Un día decidió aprender a pulir vidrios para fabricarse un telescopio casero. Hizo dos. Luego descubrió que le resultaba más fácil y más barato comprar binoculares alemanes. Ahora los describe como su "mejor compañero."

—"Me sirven para mirar los pájaros, que es



★ En su banco de carpintero.

—"La lei, le di consejos y la copié a máquina para entusiasmarlo. Tiene tendencia al humorismo, pero el tema de su novela es más bien dramático."

—"Nunca tuve problemas con mis niños. Unicamente que dos de ellos fueron malos estudiantes, pero nunca pude tratarlos con mucha seriedad por eso. Nunca creí mucho en las buenas notas."

Rojas lee mucho. Se mantiene al tanto en literatura chilena y extranjera. Reflexiona:

—"Cuando comencé a escribir, cada año apreciaban 20 libros de cuentos y cinco novelas. Hace cinco años, la proporción fue casi inversa. Después bajó la novela. Pasa una cosa curiosa: hay escritores que publican una novela que promete y luego su segunda obra es un libro de cuentos. Uno se pregunta entonces qué sucede. Este año parece ser el de las mujeres novelistas."

—"Antes había uno o dos críticos, generalmente de acuerdo entre sí al enjuiciar las obras. Ahora hay como diez y opinan en forma muy diferente. Tanto los católicos como los comunistas tienen sus críticos propios. Pero siguen siendo muy impresionistas, muy personales y no técnicos."

Cada persona aficionada a la literatura forma, a través de los años, una verdadera mitología de autores que, en una forma u otra, incorpora a su propia formación. Rojas enumeró "sus" autores:

—"Todo empezó con Salgari. Siguió la época Victor Hugo. Me gustaron Vargas Vila y Zamacois. Después los escritores que más me impresionaron no cambiaron. Dostoyevsky, Tolstoi, Chejov, Faulkner, Melville, Lawrence, Hudson. Me gustó mucho Gide como pensador. Entre los recientes, Kazantzakis y Jones. A Lawrence Durrell lo compré. No pude leerlo. Es muy falso, muy superficial."

En septiembre, Manuel Rojas parte a Estados Unidos. Durante un año dictará diez horas semanales de clase en la Universidad de Washington.

Seattle, en el estado de Washington (no debe asociarse con la capital norteamericana). Queda en el norte, cerca de Alaska.

Ahí Rojas proyecta terminar su novela inconclusa. Estima que podrá escribir tranquilo y concentrado.

—"La gente habla inglés y yo castellano. Afuera habrá frío y nieve. No tendré auto. Podré trabajar."

Rojas no tendrá auto por el simple motivo de que no sabe manejar. Es el único oficio que jamás logró aprender. Una vez intentó hacerlo y, a los diez minutos, chocó con un muro. No volvió a insistir en la tentativa.



★ Con su esposa Valerie.

65 Años

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas

Rojas tiene sesenta y cinco años. Mide 1 metro 86 centímetros y pesa los catorce. Pesa 94 kilos.

—"Nunca subí un traje de estatura. Mi gran problema es el envejecer y achicarme. Lo más que pesé fue 104 kilos, cuando viví cuatro años en Argentina. Muchos días me pesaba de 100 a 110."

—"Me gustaría vivir hasta los setenta y cinco. Mi madre entera setenta y tres. Yo me cuido más. Mi abuela materna llegó a los ciento tres años. Me da terror que pueda repetir la hazaña."

Sigue hablando sobre sí mismo.

—"Tengo un sujeción cardíaca. A esto se debe mi tranquilidad exterior. Siento el latido del corazón en los oídos. Desde los dieciocho años vivo con la presunción de un ataque al corazón. Tengo el constante temor de una crisis, que por suerte aún no se produce."

—"No conozco los estados depresivos, angustiosos. Existen seres para quienes hay días en que ni siquiera pueden levantarse. A mí no me pasa. Yo siempre tengo algo que hacer. Para mí los días son cortos. Se van con una rapidez tremenda."

—"Soy rabioso. Las cosas me molestan. La gente que no entiende... que no entiende las cosas sencillas. Que no se debe, por ejemplo, ser grosero. Pisotear al prójimo en el bus, no dejar paso para subir y bajar. Reacciono con palabras. Soy de palabras, nada más. Una vez empujé a un señor en el micro. Casi se vino abajo. Eso me dio temor."

—"Una de las cosas que lamento en mi vida es no haber podido estudiar matemáticas, astronomía, botánica. Todo lo que requiere tiempo y dedicación, elementos de que no dispuse nunca."

—"Soy hombre de pocos amigos. Tuve pocos en mi vida. Me duraron mucho."

—"Sólo poseo una condecoración. Una medalla que recibí cuando fui designado ciudadano ilustre de Valparaíso. Nunca tuve oportunidad de usarla."